bendijo Dios, segun el libro de los cristianos, la tierra inculta, entregándola en herencia á Adam. Esta comitiva, que á la par de sus rebaños, seguia de peñasco en peñasco á su venerable pastor, retrataba á mi enternecido corazon aquellas emigraciones de las primeras familias, cuando Sem y sus hijos adelantaban al través del mundo desconocido, siguiendo el curso del sol.

»Habiendo preguntado al santo ermitaño cómo gobernaba sus hijos, me respondió con bondad: «Ninguna ley les he dado, pues solo les he enseñado »á amarse recíprocamente, á orar á Dios y á esperar »una vida mejor, pues tal es el resúmen de todas las »leyes del mundo. Aquella cabaña mas espaciosa que »allí ves, está destinada á servir de capilla en la es»tacion de las lluvias. Todos se reunen en ella, al »amanecer y al anochecer, para glorificar al Señor, »y cuando yo estoy ausente, un anciano dirige la ora»cion, porque la ancianidad, á semejanza de la ma»ternidad, es una especie de sacerdocio. Cumplidos »estos deberes cristianos, empiezan las faenas agrí»colas; y si las propiedades están divididas para que »todos puedan aprender la economia social, las mie»ses se depositan en trojes comunes, para que se »mantenga viva la llama de la caridad fraternal, á »cuyo efecto cuatro ancianos distribuyen equitati»mente el producto del trabajo comun. Añade á esto »algunas ceremonias religiosas, muchos cantos, la »cruz á cuyo pié he celebrado los santos misterios, »el olmo á cuya sombra predico en los dias serenos, »nuestras sepulturas inmediatas á nuestros campos »de trigo, nuestros rios, donde bautizo los tiernos »niños, santos Juanes de esta nueva Betania, y for»marás cabal idea de este reino de Jesucristo.»

»Las palabras del solitario me llenaron de admiracion, y entonces eché de ver la superioridad de aquella vida estable y ocupada, sobre la errante y vagabunda del salvaje.

»¡Ah, René! No murmuro de la Providencia, pero confieso que nunca traigo á la memoria aquella sociedad evangélica, sin experimentar á tal recuerdo una profunda amargura. ¡Cuán feliz me hubiera hecho en en aquellos lugares la tranquila posesion de una cabaña, al lado de Atala! Allí hubieran terminado mis inútiles excursiones; allí, desconocido de los hombres, y ocultando con una esposa querida mi felicidad en el seno de los bosques, hubiera pasado como esos rios que ni siquiera tienen nombre en el desierto. Pero en lugar de esa paz inalterable en que me atrevia entonces á soñar, ¡cuán agitados han transcurrido mis dias! Eterno juguete de la adversa fortuna, arrojado á todas las costas, desterrado de mi patria durante largos años, y no hallando á mi regreso á ella sino una cabaña arruinada, y á mis amigos en la tumba: ¡tal debia ser el triste destino de Chactas!»

EL DRAMA.

«Si vivos fueron mis ensueños de ventura, harto breve fue su duracion: el desencanto me esperaba á la puerta del solitario. Grande fue mi sorpresa, cuando al llegar á ella á medio dia, no vi salir á Atala á nuestro encuentro; esto me hizo experimentar cierto indefinible y repentino horror. Al acercarme á la gruta, no me atreví á llamar á la hija de Lopez, porque mi imaginacion temia igualmente el ruido y el silencio que á mis gritos sucediese. Y mas aterrado aun por la oscuridad que á la entrada del peñasco reinaba, dije al misionero: «¡Oh, tú, á quien el cielo acompaña y »fortalece, penetra en esas sombras!»

»¡Cuán débil es el hombre avasallado por las pasiones, y cuán fuerte aquel que descansa en Dios! Advertíase mas valor en aquel corazon religioso, quebrantado por setenta y seis años, que en toda la lozanía de mi juventud. El hombre de paz entró en la gruta, y yo permanecí fuera, poseido de espanto. Pocos momentos despues, un apagado murmullo, parecido á reprimidos lamentos, salió del fondo del peñasco, y vino á herir mi oido. Prorumpiendo entonces en un grito, y recobrando súbitamente todas mis fuerzas, arrojéme en la noche de la caverna... ¡Espíritus de mis padres! ¡Solo vosotros sabeis el espectáculo que se ofreció á mi vista!

»El solitario habia encendido una rama de pino, y alumbraba con mano trémula é indeciso resplandor el lecho de Atala, que medio incorporada se mostraba pálida, y con la cabellera en desórden. Rielaban sobre su frente las gotas de un sudor frio, pero sus ojos medio apagados se esforzaban aun en mostrarme su amor, y sus cárdenos labios procuraban sonreir. Yo permanecia inmóvil, como herido por el rayo, fijos los ojos, extendidos los brazos y entreabiertos los labios. Profundo silencio reinaba entre los tres personajes de aquella escena de dolor; el solitario fue quien primero lo rompió, diciendo: «Esto será un acceso de calen»tura, producida por las pasadas fatigas, y si nos re»signamos á la voluntad de Dios, se compadecerá de »nosotros.»

»Al oir estas palabras, la sangre paralizada volvió á circular por mi corazon, y con esa movilidad propia de los salvajes, pasé en un momento del exceso del temor al de la confianza. Pero Atala no me dejó abrigar mucho tiempo mis nuevas ilusiones, pues moviendo tristemente la cabeza, haciéndonos una seña para que nos acercásemos á su lecho, dijo al misionero, con débil acento:

«¡Padre mio! me siento cercana á la muerte. ¡Chac»tas! Escucha sin desesperacion el fatal secreto que te »he ocultado para no hacerte desgraciado, y para »obedecer á mi madre; no me interrumpas con seña»les de un dolor que abreviaria los pocos instantes que »de existencia me restan. Mucho tengo que referir; »pero conozco que debo abreviar todo lo posible mi »relato, pues los latidos de mi corazon se debilitan, »y siento sobre mi pecho el peso de una mole de »hielo...

»Despues de algunos momentos de silencio, Atala prosiguió:

»Mi triste destino empezó casi antes que abriese »mis ojos á la luz. Mi madre me habia concebido en »el infortunio; yo fatigaba su seno, y me dió á luz »con tan crueles dolores, que se desesperó de mi vi»da; mi madre hizo un voto para salvarme, y prome»tió á la Reina de los ángeles que le consagraria mi »virginidad, si me libraba de la muerte... ¡Voto teme»rario que me precipita en el sepulcro!

»Perdí á mi madre á los diez y seis años. Algunas »horas antes de morir me llamó á su lecho, y me »dijo en presencia de un misionero que la consolaba »en sus postrimeros instantes: «No ignoras, hija mia, »el voto que he hecho por tí. ¿Querrás, Atala mia, »desmentir á tu madre? Te dejo en un mundo que no »es digno de poseer una cristiana, y en medio de unos »idólatras que persiguen al Dios de tus padres y mio, »al Dios, que despues de haberte dado la vida, te la »ha conservado por un milagro. Al aceptar el velo de »las vírgenes, renunciarás á los cuidados de la ca»baña y á las funestas pasiones que han agitado el se»no de tu madre. Ven, hija mia, y jura sobre esta »imágen de la Madre del Salvador, en manos de este »santo sacerdote y de tu moribunda madre, que no »me serás infiel á la faz del cielo. No olvides que me »he obligado por tí, para salvar tu vida, y que si no »guardas mi promesa, condenarás el alma de tu madre »á eternos tormentos.»

«¡Oh madre mia! ¿por qué hablaste así? ¡Oh Reli»gion que labras á la vez mi infortunio y mi felicidad, »que me pierdes y me consuelas! Y tú, querido y tris»te objeto de una pasion que me devora hasta en los »brazos de la muerte, ¡ahora ves lo que ha constituido »el rigor de nuestro destino...! Anegada en lágrimas, »y dejándome caer en el seno materno, prometí todo »lo que se habia querido hacerme prometer. El misio»nero pronunció sobre mí las palabras formidables, y »me dió el escapulario que me liga para siempre. Mi »madre me amenazó con su maldicion si violaba mi »voto, y despues de haberme encargado un secreto »inviolable respecto de los perseguidores de mi reli»gion, espiró abrazándome.

»Al pronto, no conocí el peligro de aquel juramen»to, pues llena de fervor, cristiana verdadera, y alti»va además, porque es española la sangre que por »mis venas circula, no ví en mi derredor sino hom»bres indignos de mi mano, y me felicité por no te»ner otro esposo que el Dios de mi madre. Pero te ví, »jóven y gallardo prisionero, compadecí tu suerte, y »me atreví á hablarte al resplandor de la hoguera »del bosque, y entonces sentí todo el peso de mis »votos...

»Pronunciadas por Atala estas palabras, exclamé »cerrando los puños y mirando al misionero con aire »amenazador: ¿Es esta la religion que tanto encare»ces? Perezca el juramento que me roba á Atala. ¡Pe»rezca el Dios que contradice la naturaleza! Hombre»sacerdote, ¿qué has venido á hacer en estos bos»ques?»

«¡A salvarte! respondió con voz de trueno el ancia»no; á domar tus pasiones, y á impedir, ¡blasfemo! »que la cólera del cielo estalle sobre tu cabeza. ¿Qué »razon te asiste, jóven recien entrado en la senda de »la vida, para quejarte de tus dolores? ¿De qué injus»ticias has sido víctima? ¿Dónde están tus virtudes, »únicas que pudieran darte algun derecho á las que»jas? ¿Qué servicios has hecho á tus semejantes? ¡Des»venturado! Solo veo pasiones en tí, y te atreves á »acusar al cielo! Cuando hayas pasado, como el padre »Aubry, treinta años de destierro en las montañas, »no juzgarás con tan criminal ligereza los designios »de la providencia divina; entonces comprenderás »que nada sabes, que nada eres, y que no hay cas»tigos bastante rigorosos ni males bastantes terribles »que no merezca sufrir la carne corrompida.»

«Los ojos centellantes del anciano, su barba que cubria su pecho y sus palabras de fuego le hacian semejante á un dios. Abrumado por su magestuoso aspecto, caí á sus piés pidiéndole perdon por mis arrebatos, mas él me dijo: con un acento tan benévolo, que los remordimientos quebrantaron mi alma. «¡Hijo mio! no te he reprendido por mí, pues tienes »sobrada razon en creer que nada he venido á hacer »en estos bosques, pues Dios no tiene mas indigno ser»vidor que yo, pero nunca acusemos al cielo. Perdó»name si te he ofendido, y atendamos á tu hermana, »que acaso tendrá remedio, y no renunciemos á la »esperanza. ¡Chactas! ¡Muy divina es la religion que »convierte en virtud la esperanza!

—»Jóven amigo mio, continuó Atala, tú has sido »testigo de mis combates, y no obstante solo has vis»to la menor parte, pues te ocultaba lo mas terrible »de ellos. El esclavo negro que riega con sus sudores »las abrasadas arenas de la Florida, es menos misera»ble que lo ha sido Atala. Aconsejándote la fuga, y »segura de mi muerte si te alejabas de mí, temiendo »huir contigo en los desiertos, y no obstante, anhe»lando las sombras de los bosques... ¡Ah! ¡Si hubiera »bastado dejar á padres, amigos y patria; si solo hu»biese mediado, ¡cosa horrosa! ¡la pérdida de mi al»ma...! ¡Pero tu sombra, madre mia, tu sombra me »echaba en cara á todas horas sus tormentos! Oia tus »quejas, y te veia devorada por las llamas del infierno. »Mis áridas noches creaban tan solo fantasmas, y mis »dias no me traian consuelo alguno; el rocío de la no»che se sacaba al contacto de mi piel ardiente; abria »mis labios á las brisas, y estas, lejos de traerme la »anhelada frescura, se abrasaban al fuego de mi alien»to. ¡Qué tormento no me causaba verte sin cesar á mi »lado, lejos de todos los hombres, en medio de sole»dades profundas, y tocar la insuperable barrera que »entre los dos se levantaba! Pasar mi vida á tus piés, »servirte como una esclava, preparar tu alimento y tu »lecho en algun ignorado rincon del universo, hubie»ra sido para mí la suprema felicidad; ¡y tocando esta »felicidad, no poder disfrutarla! ¡Qué de proyectos »he soñado, que de ilusiones ha brotado este abatido »corazon! Tal vez, al fijar en tí mis ojos, he llegado »á formar deseos tan insensatos como culpables: ya »hubiera querido ser contigo el único ser viviente en »la tierra; ya sintiendo que una divinidad me dete»nia en mis horribles trasportes, hubiera deseado que »esta divinidad se anonadase, con tal que estrechada »en tus brazos, hubiese rodado de abismo en abismo, »con los restos de Dios y del mundo! Ahora mismo... »¿lo diré? ahora que la eternidad va á tragarme, y »que voy á presentarme ante el Juez inexorable; en »el momento en que, para obedecer á mi madre, veo »con alegría que mi virginidad devora mi vida: por »una horrorosa contradiccion, llevo á la tumba el pe»sar de no haber sido tuya!

—»Hija mia! interrumpió el misionero, el dolor »extravia tu corazon. El exceso de pasion á que te en»tregas, pocas veces es justo; y no hallándose en el »órden de la naturaleza, es menos disculpable á los »ojos de Dios, porque mas que una debilidad del co»razon es un error del espíritu. Es pues forzoso re»primir esos arrebatos, indignos de tu inocencia. Y »debo tambien decirte, querida hija mia, que tu im»petuosa imaginacion te ha alarmado en demasía re»lativamente á tus votos. La Religion no exige sacri»ficios sobrehumanos. Sus sentimientos verdaderos y »sus templadas virtudes son muy superiores á los »exaltados sentimientos y las violentas virtudes de un »pretendido heroismo. Si hubieses sucumbido, po»bre oveja descarriada, el Buen Pastor te hubiera »buscado para atraerte á su rebaño. Abiertos estaban »para tí los tesoros del arrepentimiento; que si son »menester torrentes de sangre para borrar nuestras »faltas á los ojos de los hombres, una sola lágrima de »cordial arrepentimiento, basta en el tribunal de »Dios. Tranquilízate, pues, querida hija mia, porque »tu crítica situacion exige sosiego, y dirijámonos á »Dios, que cura todas las dolencias de los que le »confiesan y sirven. Si como espero, es su voluntad »que te libres de la enfermedad que te aqueja, es»cribiré al obispo de Quebec, pues está investido de »los poderes necesarios para anular tus votos, que »son simples, y acabarás tus dias á mi lado con tu »esposo Chactas.»

A estas palabras del anciano, Atala se sintió acometida de una larga y penosa convulsion, de que solo salió para dar muestras de un espantoso dolor. «¡Cómo! exclamó enlazando sus manos con pasion; »¡habia remedio! ¡Mis votos podian ser anulados!— »Sí, hija mia, respondió el misionero, y aun pueden »serlo.—¡Es demasiado tarde! ¡es demasiado tarde! »replicó Atala en el colmo de la desesperacion. ¿Debo »morir, Dios mio, en el momento en que hubiera »podido ser feliz? ¿Porqué no he conocido antes á es»te santo anciano? ¡Cuánta seria hoy mi ventura al »lado de Chactas, cristiano! Consolada, tranquiliza»da, por este augusto sacerdote... en este desierto... »oh! esto hubiera sido demasiada felicidad.»—Cálmate! le dije, estrechando una de las manos de la desgraciada, cálmate, pues, esa felicidad está muy cercana.

«—Nunca! nunca!» dijo Atala.«—Cómo? repuse estupefacto.—«No sabes todo; ayer, durante la tempes»tad.... me sentia próxima á violar mis votos; iba á »hundir á mi madre en las llamas del abismo; su mal-

»dicion tronaba ya sobre mí; ya mentia al Dios que »me ha salvado la vida.... Cuando besabas mis tré»mulos labios, no sabias que besabas la muerte! »—Cielos! gritó el padre Aubry; ¿qué has hecho, »desgraciada?—Un crímen, replicó Atala con extra»viados ojos; pero al perderme yo, salvaba á mi ma»dre.—Acaba! acaba! exclamé, lleno de espanto. »—Previendo mi debilidad, al dejar las cabañas, llevé »conmigo...¿Qué? pregunté con horror.—!Un veneno! dijo el misionero.—«!Ya dilacera mi seno!» contestó la hija de Lopez con profundo abatimiento.

»La insegura mano del solitario abandonó la antorcha, yo caí exánime á los piés de Atala; el anciano nos abrazó por algunos momentos, y los tres confundimos nuestros sollozos sobre aquel lecho fúnebre.

»!Basta! ¡basta! dijo poco despues el animoso er»mitaño, encendiendo una lámpara; !no malogremos »tan preciosos momentos! Rechacemos cual intrépi»dos cristianos los asaltos de la adversidad. Arrojémo»nos á los piés del Todopoderoso para implorar su »misericordia y someternos á sus decretos, con una »cuerda al cuello y cubierta la cabeza de ceniza. Aca»so todavía es tiempo. Hija mia, hubieras debido par»ticiparme todo anoche.

»—¡Ah, padre mio! dijo Atala; anoche os busqué »con ansia; pero el cielo en castigo de mis faltas, os »alejó de mí. Por otra parte, todo auxilio hubiera sido »inútil, porque los mismos indios, tan hábiles en »preparar venenos, no conocen antídoto para el que »he tomado. ¡Juzga, oh Chactas, de mi sorpresa, »cuando ví que el golpe no era tan súbito como espe»raba. Mi amor ha duplicado mis fuerzas, mi alma no »ha podido separarse tan pronto de tí!»

«Al llegar aquí, no interrumpí la narracion de Atala por medio de sollozos, sino con esos arrebatos de que solo son capaces los salvajes. Arrastreme furioso por el suelo, retorciéndome los brazos y mordiéndome las manos. El anciano sacerdote corria del hermano á la hermana, y nos prodigaba mil socorros con maravillosa ternura, porque en la calma del corazon y abrumado por el peso de los años, sabia hacerse oir de nuestra juventud, y su religion le proporcionaba acentos mas tiernos aun y mas vehementes que á nosotros nuestra pasion. Aquel sacerdote, que durante cuarenta años se inmolaba diariamente al servicio de Dios y de los hombres en aquellas agrestes montañas, traia á la memoria los holocaustos de Israel, humeando incesantemente en los lugares elevados en presencia del Señor.

»¡Ah! en vano intentamos aplicar algun remedio á los males de Atala. La fatiga, la amargura, el veneno y una pasion mas mortal que todos los venenos reunidos, se adunaban para robar aquella delicada flor á la soledad. Al llegar la noche, se manifestaron síntomas espantosos: un entorpecimiento general paralizó los miembros de Atala, y sus extremidades empezaron á enfriarse. «Toca mis manos, me decia; ¿no te »parecen yertas?» Yo no acertaba á responderle, y mis cabellos se erizaban de horror; poco despues añadió: «Ayer me extremecia á tu mero contacto; hoy no »siento ya tu mano, y apenas oigo tu voz; los objetos »de la gruta desaparecen sucesivamente para mí. ¿No »cantan los pajarillos? El sol debe hallarse próximo á »su ocaso. ¡Chactas, sus rayos serán hermosos en el »desierto, sobre mi tumba!»

«Viendo que sus palabras nos hacian derramar copiosas lágrimas, nos dijo: «Perdonadme, mis bue»nos amigos: soy muy débil, pero acaso me mostraré »mas fuerte. Y no obstante, morir tan jóven, y cuan»do sentia latir lleno de vida mi corazon! ¡Gefe de la »oracion! compadécete de mí, y préstame tu apoyo! »¿Crees que mi madre estará satisfecha, y que Dios »me perdonará lo que he hecho?

»—¡Hija mia! respondióle el anacoreta anegado en »lágrimas; todas tus desventuras son el triste resultado »de tu ignorancia; tu educacion salvaje, y la falta »de la necesaria instruccion te han perdido; ignora»bas que un cristiano no puede disponer de su vida. »Consuélate, pues, querida oveja, que Dios perdo»nará la sencillez de tu corazon. Tu madre y el im»prudente misionero que la dirigia han sido mucho »mas culpables que tú, pues ambos extralimitaron »sus facultades al arrancarte un voto indiscreto; ¡sea »empero, con ellos la paz del Señor! Los tres presen»tais un ejemplo terrible de los peligros del entusias»mo, y de la falta de luces en materias religiosas. »Tranquilizate, hija mia; el que sondea los corazones »te juzgará por tus puras intenciones, no por tu vi»tuperable conducta.

»Por lo que respecta á la vida, si ha llegado el mo»mento de dormirte en el Señor, ¡ah! !cuán poco pier»des al perder este mundo! A pesar de la soledad en »que has vivido, no has ignorado las amarguras; ¿qué »pensarias si hubieses sido testigo de los males de la »sociedad, y si al llegar á las costas de Europa, hu»biese lastimado tu oido el prolongado grito de dolor »que exhala esa tierra envejecida en el crímen? ¡El ha»bitante de la cabaña y el del palacio sufren y gimen »en este mundo: lloran las reinas como las mas hu»mildes mujeres, y la mente se asombra al considerar »la cantidad de lágrimas que vierten los ojos de los »reyes!

»¿Deplorarias la pérdida de tu amor? Esto equival»dria, hija mia, á llorar la desaparicion de un sueño. »¿Conoces acaso el corazon del hombre, y puedes re»ducir á número las inconstancias de su deseo? Harto »mas fácil te seria calcular el número de las olas que »el mar desata durante una tempestad. ¡Atala! Los sa»crificios y el desinterés no son lazos eternos; acaso »un dia hubiera llegado el tedio en pos de la sacie»dad; el pasado hubiera sido mirado con disgusto, y solo se hubieran tomado en cuenta los inconvenientes »de una union pobre y despreciada. Los amores mas »hermosos fueron sin duda los de aquel hombre y »aquella mujer que salieron de la mano del Criador, »pues eran inocentes é inmortales, y el Paraiso ha»bia sido creado para ellos. Perfectos en alma y cuer»po, sus sentimientos se adunaban en todo: Eva ha»bia sido creada para Adam, y Adam para Eva. Y si »á pesar de esto no les fue posible mantenerse en »aquel estado de felicidad, ¿qué esposos aspirarán á »ella? No te hablaré de los matrimonios de los prime»ros hijos de los hombres, uniones inefables en que »la hermana era la esposa del hermano, y se confun»dian en un mismo corazon el amor y el cariño fra»ternal, aumentando la pureza de este las delicias de »aquel. Todas estas uniones han sido destruidas: los »zelos se deslizaron en el altar de césped donde se in»molaba el cabritillo, y reinaron en la tienda de Abra»ham y en aquellos asilos conyugales donde los pa»triarcas gozaban tan vivas alegrías, que olvidaban la »muerte de sus madres.

«¿Te juzgarias mas inocente y feliz en tus lazos »que las santas familias de que Jesucristo quiso descen»der? No te hablaré de los pormenores de los cuida»dos domésticos, de las discordias, de las mútuas »reconvenciones, de las inquietudes, y de todas esas »penas ocultas que velan á la cabecera del tálamo »conyugal. La mujer renueva sus dolores siempre »que es madre, y se casa llorando. ¡Cuántos males »no supone la pérdida de un hijo á quien su madre »amamantaba! Las montañas repetian largos gemi»dos, pues nada podia consolar á Raquel porque sus »hijos no existian ya. Estas amarguras, inherentes á »las afecciones humanas, son tan intensas, que he »visto en mi patria á muchas damas principales y »favoritas de los reyes, abandonar la córte para se»pultarse en los claustros, mutilando esta carne re»belde cuyos placeres son otros tantos dolores.

»Dirásme acaso que estos ejemplos no te atañen, »pues toda tu ambicion se reducia á vivir en una ig»norada cabaña con el hombre elegido por tí; y que »aspirabas menos á las dulzuras del matrimonio que á »los encantos de esa locura que la juventud apellida »*amor*. ¡Ilusiones, quimeras, vanidad, sueños de »una fantasia calenturienta! Yo tambien, hija mia, »he conocido las tempestades del corazon; que ni »siempre mi cabeza ha sido calva, ni mi pecho ha »palpitado tan tranquilo cual hoy te parece. Fia en »mi experiencia. Si constante en sus afectos, pu»diese el hombre alimentar incesantemente un sen»timiento incesantemente renovado, es indudable »que la soledad y el amor le igualarian al mismo Dios, »porque estos son los dos eternos placeres del Ser

ULTIMOS MOMENTOS DE ATALA.

»Supremo. Empero el alma del hombre se hastía y »nunca ama mucho tiempo el mismo objeto con la »misma plenitud. Hay siempre algunos puntos en que »dos corazones no se tocan; estos puntos con»cluyen por hallarse á considerable distancia, y ha»cen insoportable la vida.

»Por último, querida hija mia, el gran error de »los hombres, en sus ensueños de felicidad, es olvi»darse de la muerte, condicion esencial de su natu»raleza: ¡es forzoso concluir! Por intensa que hubiera »sido vuestra felicidad, tarde ó temprano tu hermoso »semblante hubiérase trocado en ese uniforme ves»tigio de rostro que la mano de la destruccion im»prime en la familia de Adam; los mismos ojos de

»Chactas no hubieran podido reconocerte entre tus »hermanas de sepulcro, pues el amor no extiende »su imperio sobre los gusanos de la tumba ¿Qué »digo, ¡oh vanidad de las vanidades! ¿qué hablo »del poder de las afecciones terrenas? ¿Quieres co»nocer su alcance? Pues bien: si un hombre volvie»se á la luz algunos años despues de su muerte, es »de temer que no le acogiesen con alegria los mismos »que mas lágrimas habian consagrado á su memoria: »¡tan presto se forman nuevos vínculos, tan fácilmente »se contraen nuevos hábitos, tan natural es en el hom»bre la inconstancia, tan miserable es nuestra vida, »aun en el corazon de nuestros amigos!

»Da, pues, gracias á la bondad divina porque te »saca tan pronto de este valle de miserias. Prepáranse »ya para tí en las nubes la blanca túnica y la brillante »corona de las vírgenes; oigo ya á la Reina de los »ángeles, que te dice: «Ven, digna sierva mia; ven, »mi paloma, á sentarte sobre un trono de candor, »entre todas estas doncellas que han sacrificado su »hermosura y su juventud al servicio de la huma»nidad, la educacion de la infancia y las sublimes obras »de la penitencia. Ven, rosa mística, á florecer en el »seno de Jesucristo. El ataud, lecho nupcial que te »has elegido, no será manchado por la infidelidad, »y no habrán fin los abrazos de tu celestial Es«poso.»

»A la manera que el último destello del dia aplaca los vientos y esparce la calma por el cielo, las tranquilas palabras del anciano acallaron las pasiones en el seno de Atala, que desde entonces se mostró únicamente ocupada de mi dolor y de los medios de hacerme menos amarga su pérdida. Unas veces me decia que moriria dichosa si le prometia enjugar mis lágrimas; otras me hablaba de mi madre y de mi patria, esforzándose en distraerme del dolor presente, despertando en mí la imágen de un dolor pasado, y exhortándome á la paciencia y á la virtud. «No siem»pre serás desgraciado, me decia; si el cielo te some»te hoy á rudo crisol, es tan solo para hacerte mas »sensible á las desventuras ajenas. El corazon huma»no se asemeja á esos árboles que no brindan su bál»samo á las heridas de los hombres, sino cuando han »sido á su vez heridos por el hierro.»

»Dichas estas palabras, volvióse hácia el misionero buscando en él los consuelos que me habia hecho experimentar; y alternativamente consoladora y consolada, daba y recibia la palabra de vida sobre el lecho de la muerte.

»En tanto, el ermitaño redoblaba su celo. Sus quebrantados huesos se habian reanimado al soplo de la caridad, y preparando siempre remedios, avivando el fuego y renovando los céspedes del lecho para refrescarlo, pronunciaba discursos admirables sobre Dios y la felicidad de los justos. Armado con la antorcha de la Religion, parecia preceder á Atala en el sepulcro para mostrarle sus secretas maravillas. La humilde gruta estaba henchida de la grandeza de aquella muerte cristiana, y los espíritus celestiales asistian sin duda á aquella escena en que la Religion luchaba sola contra el amor, la juventud y la muerte.

»Triunfaba, pues, esa religion divina, y su victoria se mostraba en la santa tristeza que sucedió en nuestros corazones á los primeros arrebatos de un amor sin esperanza. A media noche, Atala se reanimó un tanto para repetir las oraciones que el religioso le dictaba. Poco despues me alargó la mano, y me dijo con voz casi imperceptible: «¿Recuerdas, hijo »de Utalisi, aquella primera noche en que me tomas»te por la vírgen de los últimos amores? ¡Presagio »singular de nuestro destino!...» Detúvose, un momento, y prosiguió: «Cuando reflexiono que te »abandono para siempre, mi corazon hace un esfuer»zo tan poderoso para revivir, que casi me siento »dotada del poder de hacerme inmortal á fuerza de »amar.—Mas, ¡cúmplase, Dios mio, tu voluntad!» Atala enmudeció de nuevo, y luego añadió: «Ré»tame solo pedirte perdon por los males que te he »causado; mucho te he atormentado con mi orgullo »y mis caprichos. Chactas! algunos puñados de tier»ra arrojados sobre mí, interpondrán todo un mundo »entre nosotros, y te librarán para siempre del peso »de mis infortunios.

»—¡Perdonarte! repliqué anegado en lágrimas; ¿no «soy yo la causa de todas tus desventuras?»—Ami»go mio, me dijo interrumpiéndome, tú me has »hecho sobrado feliz, y si pudiese empezar de nue»vo mi vida, preferiria la dicha de haberte amado al»gunos instantes en un triste destierro, á una exis»tencia entera de descanso en mi patria.»

»Aquí se extinguió el acento de Atala, y las sombras de la muerte se esparcieron sobre sus ojos y sus labios; sus manos intentaban maquinalmente asir algun objeto, y conversaba en voz baja con los espíritus invisibles. Poco despues hizo un vano esfuerzo para desprender de su cuello el crucifijo, y no pudiendo verificarlo, me pidió lo tomase yo, diciéndome:

»Cuando te hablé la primera vez, viste brillar en »mi seno esta cruz al resplandor de la hoguera: ¡Atala »no posee otras riquezas! Lopez, tu padre y mio, la »envió á mi madre pocos dias antes de mi nacimiento. »Recibe, pues, esta herencia, hermano mio, con»sérvala en memoria de mis infortunios, y recurre »siempre en los tuyos á este Dios de los desvalidos. »¡Chactas! debo dirigirte mi último ruego. Nuestra »union hubiera sido de breve duracion en la tierra; »pero despues de esta vida hay otra mas larga. ¡Cuán »horroroso me seria separarme de tí para siempre! Me »anticipo á tí, para esperarte en el cielo. Si me has »amado, hazte instruir en la religion cristiana, que »preparará nuestra segunda union. Esta religion ope»ra á tus ojos un gran milagro, pues me hace capaz »de separarme de tí sin morir en los horrores de la »desesperacion. Sin embargo, Chactas, solo te pido »una simple promesa, pues sé harto bien lo que cues»ta un juramento, para exigírtelo. Ese juramento te »separaria acaso de alguna mujer mas feliz que yo... »¡Oh madre mia! perdona á tu hija! Oh, Vírgen Ma»ria! ¡Suspende el golpe de tu enojo! Torno á sucum»bir á mis debilidades, y te robo, ¡oh Dios mio! unos »pensamientos que debieran pertenecerte exclusiva»mente!»

»Traspasado de dolor prometí á Atala abrazar un dia la religion cristiana. A este espectáculo, el solitario se levantó con rostro inspirado, y extendiendo sus brazos á la bóveda de la gruta, exclamó: «Ya »es tiempo de llamar á Dios aquí!»

»Al oir estas palabras, una fuerza sobrenatural me obligó á caer de rodillas, é incliné mi cabeza á los piés del lecho de Atala. El sacerdote abrió un lugar secreto, en que guardaba una urna de oro, cubierta con velo de seda, y prosternándose, oró profundamente. La gruta me pareció sublimente iluminada; oyéronse en los aires las palabras de los ángeles y la vibracion de las arpas celestiales; y al salir del tabernáculo el vaso sagrado, creí ver al mismo Dios saliendo del seno de la montaña.

»El sacerdote abrió el cáliz, y tomando entre sus dedos una hostia blanca como la nieve, se acercó, pronunciando palabras misteriosas, á Atala, que tenia sus ojos fijos en el cielo, en santo éxtasis. Calmáronse al parecer todos sus dolores, y toda su vida se reconcentró en sus labios, que se entreabrieron y acercaron respetuosos al Dios oculto en aquel pan místico. Luego, el santo anciano humedeció un poco de algodon en un aceite consagrado, con el cual frotó las sienes de la moribunda Atala; y despues de mirarla un momento, pronunció súbitamente en alta voz estas palabras: »¡Parte, alma cristiana, á reunirte á tu Criador!» «Levantando entonces mi humillada cabeza, exclamé, mirando el vaso en que se encerraba el óleo santo: »—¡Padre mio! ¿Este remedio restituirá la vida á Atala? »—Sí, hijo mio, replicó el sacerdote, cayendo en mis »brazos; ¡le dará la vida eterna!» Atala acababa de espirar.

Al llegar aquí, Chactas se vió precisado á interrumpirse por segunda vez, pues anegado en lágrimas, no podia articular sino palabras entrecortadas. El anciano saquem descubrió su pecho, y sacando de él el crucifijo de Atala, dijo: «¡Hé aquí la prenda de la adversidad! ¡Oh René, oh hijo mio! ¡tú la ves, mas yo no la veo ya! Dime: ¿ha padecido alguna alteracion despues de tantos años? ¿No descubres en ella los surcos de mis lágrimas? ¿Podrias reconocer el sitio á que una santa aplicó sus labios? ¿Por qué no es hoy cristiano Chactas? ¿Qué frívolas razones de política y de patria le han mantenido hasta el dia en los errores de sus padres? No, no quiero retrasar mas mi conversion. La tierra me grita: «Pronto bajarás á »la tumba; ¿qué aguardas, pues, para abrazar una re»ligion divina..?» ¡Oh tierra! no me esperarás mucho tiempo; no bien un sacerdote haya rejuvenecido en las santas aguas esta cabeza encanecida por las amarguras, podré esperar reunirme á Atala... Pero demos fin á mi historia.

LOS FUNERALES.

»No es mi intento, oh René, pintarte hoy la desesperacion que se apoderó de mi alma al exhalar Atala su último suspiro. Necesario seria mas calor del que me resta; preciso seria que mis cerrados ojos pudiesen abrirse de nuevo al sol, para pedirle cuenta de las lágrimas que á su luz derramaron. ¡Sí! esa luna que ora brilla sobre nuestras cabezas, se cansará de alumbrar las soledades de Kentuchy; sí! el rio que ora impele nuestras piraguas suspenderá su corriente, primero que mis lágrimas cesen de correr por Atala. Durante dos dias enteros me mostré insensible á los razonamientos del ermitaño, quien, deseando aplacar mis penas, no se valia de las fútiles razones de la tierra, y se limitaba á decirme: »Hijo mio; ¡tal es la voluntad »de Dios!» y me estrechaba en sus brazos. Nunca hubiera creido que se encerrasen tantos consuelos en estas pocas palabras del cristiano resignado, si no lo hubiese experimentado en mí mismo.

»La ternura, la uncion, y la inalterable paciencia del antiguo siervo de Dios, vencieron al fin la obstinacion de mi dolor, y me avergoncé de las lágrimas que le hacia derramar. «¡Basta ya, padre mio! le dije; no turben las indómitas pasiones juveniles la paz de tus cansados dias. Permíteme llevar conmigo los restos mortales de mi esposa, para que les dé sepultura en algun ignorado lugar del desierto; y si estoy condenado á vivir, procuraré hacerme digno de esas bodas eternas que me han sido prometidas por Atala.»

»A este inesperado triunfo del valor y la conformidad, el buen viejo se extremeció de alegría, y exclamó: »¡Oh, sangre de Jesucristo, sangre de mi divino Maes»tro, reconozco tus méritos! Tú salvarás sin duda á es»te jóven. ¡Dios mio! acaba tu obra; devuelve la paz á »esta alma agitada, y no le dejes de sus infortunios, »sino humildes y provechosos recuerdos!»

»El justo se negó á abandonarme los despojos de la hija de Lopez, pero me propuso hacer venir á todos sus neófitos y enterrarla con toda la pompa cristiana; á lo cual me negué á mi vez, diciéndole: «Las desgra»cias y las virtudes de Atala han sido desconocidas de »los hombres; quiero, pues, que su tumba, abierta fur»tivamente por nuestras manos, participe de esta oscu»ridad.» Convenimos, por lo tanto, en que al amanecer del siguiente dia partiríamos para enterrar á Atala debajo del arco del puente natural, á la entrada de los Bosquecillos de la muerte. Y resolvimos tambien pasar la noche en oracion al lado de sus helados restos.

»Trasladamos estos al anochecer á una hendidura de la gruta, que miraba al Norte. El ermitaño los habia envuelto en una pieza de lino de Europa, hilado por su madre: única riqueza que conservaba de su patria, y que destinaba hacia mucho tiempo para su propia mortaja. Atala estaba tendida sobre un lecho de sensitivas de montaña; sus piés, su cabeza, sus hombros y parte de su pecho estaban descubiertos. Veíase entre sus cabellos una flor marchita de magnolia: ¡la misma que yo habia colocado en su lecho, para hacerla fecunda! Sus labios parecian sonreir y palidecer como un capullo de rosa cogido despues de dos mañanas, y en sus mejillas, de blancura deslumbradora, se distinguian algunas venas azules. Sus hermosos ojos estaban cerrados, sus piés medio descubiertos, sus manos alabastrinas estrechaban un crucifijo de ébano, y el escapulario de sus votos pendia de su cuello. Parecia encantada por el ángel de la melancolía, y por el doble sueño de la inocencia y del sepulcro: no he visto cosa mas celestial. El que hubiese ignorado que aquella jóven habia gozado de la luz, hubiérala creido la estátua de la virginidad dormida.

»El religioso pasó toda la noche en oracion, y yo la ví transcurrir sentado á la cabecera del lecho mortuorio de la malograda Atala. ¡Cuántas veces, durante su sueño, habia sostenido en mis rodillas aquella encantadora cabeza! ¡Cuántas me habia reclinado sobre ella para oir y respirar su aliento! Ora empero, ningun rumor salia de aquel seno inmóvil, y en vano esperaba que la hermosura despertase.

»La luna vino á prestar su pálida antorcha á aquella velada fúnebre: levantóse á media noche como una blanca vestal que acude á llorar sobre el féretro de una compañera querida, y poco despues derramó por los bosques ese gran secreto de melancolía que se complace en comunicar á las decrépitas encinas y á las antiguas costas de los mares. De tiempo en tiempo, el padre Aubry sumergia una rama en flor en agua consagrada; y sacudiéndola luego, perfumaba la noche con los aromas del cielo. Algunas veces repetia sobre un aire antiguo algunos versos de un antiguo poeta, llamado *Job*, y decia:

»He pasado como una flor; me he secado como la »yerba de los campos.

»¿Por qué ha sido concedida la luz al miserable, y »la vida á los que gimen en la amargura del corazon?»

»Así cantaba el anciano. Su voz grave y un tanto cadenciosa, rodaba y se perdia en el silencio de los desiertos, mientras todos los ecos, todos los torrentes y todos los bosques repetian el nombre de Dios y de la tumba. Los arrullos de la paloma de Virginia, la caida de un torrente en la montaña, y el sonido de la campana que llamaba á los viajeros, se confundian con los cantos fúnebres, y se creia oir en los Bosquecillos de la muerte el coro lejano de los finados, que respondia á la voz del solitario.

»En tanto se formó una faja de oro en el Oriente. Los gavilanes chillaban en la punta de los peñascos, y las martas volvian á las hendiduras del tronco de los olmos: esto era la señal del convoy fúnebre de Atala: cargué, pues, en hombros sus restos, y precedido del ermitaño que se apoyaba en su báculo, empezamos á bajar lentamente de peñasco en peñasco, pues la muerte y la ancianidad acortaban nuestros pasos. Al ver el perro que nos habia hallado en el bosque, y que ora dando saltos de alegría, nos trazaba tan opuesto camino, mi corazon se desgarraba. Y acontecia que la larga cabellera de Atala, juguete de las brisas matinales, extendia sobre mis ojos su velo de oro; otras veces, cediendo al peso veíame precisado á colocarlo sobre el musgo y sentarme á su lado, para restaurar mis flacas fuerzas. Llegamos por último al lugar prefijado

por mi dolor, y bajamos al pié del arco del puente. ¡Oh, hijo mio! ¡Preciso hubiera sido ver á un jóven salvaje y á un viejo ermitaño uno en frente del otro, de rodillas en un desierto, abriendo una sepultura para una doncella prematuramente robada á la vida, y cuyo cadáver yacia no lejos, en el seco cauce de un torrente!

»Terminada nuestra triste faena, trasladamos la inanimada belleza á su lecho de tierra. ¡Ah! ¡Cuán diferente era el que yo me habia prometido prepararle! Tomando entonces un puñado de polvo en mi mano, y guardando un silencio espantoso, fijé por la postrera vez mis ojos en el ya desfigurado semblante de Atala. Esparcí luego la tierra del sueño sobre aquella frente de diez y ocho primaveras, y vi desaparecer gradualmente las facciones de mi hermana y ocultarse

LOS FUNERALES.

sus gracias detrás de la cortina de la eternidad; mas su pecho se dejó ver durante algun tiempo sobre el suelo negruzco, cual una blanca azucena descuella sobre una arcilla oscura. «¡Lopez!» exclamé entonces; ¡hé aquí á tu hijo enterrando á tu hija!» Y acabé de cubrir á Atala con la tierra del reposo.

»Volvimos á la gruta, y di parte al misionero del proyecto que habia formado de establecerme á su lado; pero el santo, que conocia á fondo el corazon humano, adivinó mi pensamiento y el ardid de mi dolor, y me dijo: «Chactas, hijo de Utalisi, mientras Atala »ha vivido, yo mismo te he pedido que permanecie-

»seis en mi compañía; mas tu suerte ha cambiado, y »te debes á tu patria. Créeme, hijo mio: los dolores no »son eternos, y es preciso que concluyan mas tarde »ó mas temprano, puesto que el corazon humano no »es ilimitado, y en esto mismo echarás de ver una de »nuestras mayores miserias: ni aun somos capaces de »ser desgraciados mucho tiempo. Vuelve á las orillas »del Meschacebé, y ve á consolar á tu madre que te »llora todos los dias y há menester tu apoyo. Hazte »instruir en la religion de tu Atala, cuando halles una »ocasion oportuna, y no olvides que le prometiste »ser virtuoso y cristiano. Yo custodiaré aquí su tum»ba. Parte, hijo mio, que Dios, el alma de tu herma»na y el corazon de tu anciano amigo, te seguirán á »todas partes.»

«Estas fueron las palabras del hombre del peñasco: su autoridad era grande, y su sabiduría demasiado profunda para que me negase á obedecerle. Al dia siguiente me separé de mi respetable huésped, que estrechándome sobre su corazon, me dió sus últimos consejos, su última bendicion y sus últimas lágrimas. Pasé á la sepultura, y me sorprendí al hallar en ella una cruz que se alzaba sobre la muerte, como se ve descollar sobre las olas el mástil de un bajel despues de un naufragio. Conocí que el solitario habia ido á orar á la tumba, durante la noche: señal de amistad y de religion que excitó en mí la mas tierna gratitud, y sentí la tentacion de abrir la fosa y contemplar otra vez á mi amada; pero me retuvo cierto religioso temor, y me contenté con sentarme sobre la recien removida tierra. Apoyando un codo en mis rodillas, y la cabeza en mi mano, quedé abismado en la mas amarga abstraccion. ¡Oh René! Allí me entregué por primera vez á serias reflexiones acerca de la vanidad

CHACTAS VUELVE Á HALLAR LA SEPULTURA DE ATALA.

de nuestra existencia, y la vanidad, mayor aun, de nuestros proyectos. ¿Quién no ha hecho estas reflexiones? Yo soy un ciervo encanecido por los inviernos, y mis años compiten con los de la corneja; pues bien: á pesar de tantos dias, acumulados sobre mi cabeza; á pesar de tan larga experiencia de la vida, no he hallado un solo hombre que no se haya visto engañado en sus dorados ensueños de felicidad, ni un solo corazon no dilacerado por alguna oculta herida. El corazon mas tranquilo en apariencia, se asemeja al pozo natural de la sábana Alachua, cuya superficie brilla pura y serena; pero al fijar la vista en el fondo, descubre un enorme cocodrilo, que emponzoña las falaces aguas.

»Habiendo visto al sol levantarse y ponerse sobre aquel lugar de dolor, al dia siguiente, al primer grito de la cigüeña, me preparé á abandonar la sagrada sepultura, punto de partida desde donde me proponia entrar en la carrera de la virtud. Invoqué tres veces el alma de Atala, y tres veces respondió el genio del desierto á mis gritos, bajo el arco sepulcral. Saludé luego el Oriente, y descubrí á lo lejos en los fragosos senderos de la montaña al ermitaño, que se dirigia á las cabañas de otros desgraciados. Cayendo de rodillas, y abrazando estrechamente la tierra que sostenia la modesta cruz, exclamé con voz ahogada por los sollozos: «¡Duerme en paz en estraña tierra, mujer desventurada! ¡Vas á verte abandonada hasta del mismo Chactas, en premio de tu amor, de tu destierro y de tu muerte! Entonces, derramando torrentes de lágrimas, me alejé de la hija de Lopez, y logré arrancarme á aquellos lugares, dejando al pié del monumento de la naturaleza, otro mas augusto: la humilde sepultura de la virtud.»